

La curiosidad prohibida

Leyendo 'Las mil y una noches'

ABDELFATTAH KILITO

T

TURNER NOEMA



*La curiosidad
prohibida*
Leyendo 'Las mil y una noches'

ABDELFATTAH KILITO

TRADUCCIÓN DE MARTA CEREZALES

COLECCIÓN NOEMA



Título:

La curiosidad prohibida

Leyendo 'Las mil y una noches'

© Actes Sud 2010

Edición original en francés: *Dites-moi le songe*

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2011

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: abril de 2011

© De la traducción: Marta Cerezales Laforet, 2011

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

The Studio of Fernando Gutiérrez

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones: turner@turnerlibros.com

ISBN EPUB: 978-84-15427-03-2

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

A Ismael.

Llamadme Ismael.
Herman Melville, *Moby Dick*.

He aquí lo que parece alguien que lee: nadie.
Botho Strauss, *La dedicatoria*

IDA EN LA VENTANA

*M*e gusta leer en la cama. Costumbre adquirida en la infancia, en la época del descubrimiento de *Las mil y una noches*.

Yo dormía en la habitación de mi abuela, en un diván colocado al lado de su cama. Durante una de mis enfermedades -debía de ser bastante grave, ya que el recuerdo permaneció en la familia-, me encontraba constantemente sumido en un sueño comatoso. En los breves momentos en que recobraba la conciencia, oía la voz de las visitantes que venían a interesarse por mi estado. Apenas me daba cuenta de que era el objeto de sus murmullos y me hundía de nuevo en el sueño.

Cuando empecé a restablecerme, subieron la voz y hablaron de diferentes temas. Yo dejé de ser el centro de sus conversaciones. Molesto, me dio por echar de menos mi enfermedad, pero de nada servía simular, sabía por experiencia que mi abuela no caía nunca en la trampa de mis mentiras. En el fondo, no necesitaba fingir, aún estaba débil y podía producirse una recaída en cualquier momento.

En aquellas circunstancias me llamó la atención un libro colocado muy cerca de mí, *Las mil y una noches*, en la edición de Beirut, también llamada católica. ¿Qué hacía en una casa en la que nadie se interesaba por la literatura? ¿Quién lo había colocado al lado de mi diván, al alcance de mi mano? Probablemente, una de las visitantes lo había olvidado y no había vuelto para recuperarlo; por tanto

permaneció al lado de mi cama durante todo el tiempo de mi convalecencia. En aquel entonces yo ignoraba que los pasajes eróticos habían sido cuidadosamente suprimidos, pero ello no le había quitado fuerza a las historias, y su lado escandaloso permanecía intacto. Si no, ¿por qué intuía confusamente que no debía leerlo? Cuando alguien entraba en la habitación, lo escondía debajo de las mantas, especialmente si era mi padre. Abordé por tanto la lectura, la literatura, bajo el signo de la enfermedad y de la culpa. Fue el primer libro que intenté leer, el primer libro árabe, en definitiva, el primer libro.

Leía en la cama, a la luz del día... Lo que era contrario a la intención de Sherezade que narraba por la noche y callaba al rayar el alba. Al interrumpir la lectura al anochecer transgredía su prescripción implícita e invertía el orden de las cosas.

Sin embargo, a medida que leía y pasaba el tiempo, me sentía mejor. Cuando llegué a la última página, estaba completamente restablecido. Se supone que la literatura tiene una virtud terapéutica. Si no cura las enfermedades del cuerpo, alivia los sufrimientos del alma, y a fin de cuentas este es uno de los temas de las *Noches*. Quiero creer que recobré la salud gracias a su intercesión; también gracias a *ella*, la visitante misteriosa que lo había olvidado al lado de mi cama.

Todo esto es muy conmovedor, pero surgen dudas que enturbian la nitidez de la escena. ¿Leí realmente el libro en la edición expurgada de Beirut? Me complace creerlo, sabe Dios por qué, pero ¿es exacto? Continuemos: ¿lo leí siendo niño? Quizá traté de leerlo y, dándome cuenta de su riqueza insostenible, lo abandoné al cabo de algunas páginas, de algunas líneas. ¿El primer libro? Así lo he pretendido en

muchas ocasiones, pero ¿no será porque está escrito en árabe y me esfuerzo de alguna manera en vincularme a no sé qué origen?

En cuanto a la afirmación de que estaba enfermo cuando lo descubrí, se trata probablemente de una pura fantasía. Evocar una supuesta enfermedad, enternecerme sobre mí mismo, volverme a ver como un niño pequeño acostado en el diván junto a la cama de mi abuela... ¿No estoy tratando de embellecer las cosas dando a entender que los cuentos me hicieron recobrar la salud? Asimilarme indebidamente a Shariyar, el rey loco curado por Sherezade... De ahí sin duda la historia de la misteriosa visitante, lectora olvidadiza del libro... En realidad, ninguna mujer de mi entorno leía en aquella época, excepto quizá versículos del Corán, en ningún caso las *Noches*.

En fin, dar a entender que, al llegar al desenlace, me había curado completamente... de nuevo una invención interesada por mi parte. De hecho, no me habría curado, me habría muerto. Desde hace un milenio se viene repitiendo que no hay que leer las *Noches*, o leer como mucho solo una parte. Los que no han seguido este consejo lo han pagado caro. Está comprobado que perdieron la razón, se quitaron la vida o murieron de cansancio, literalmente. En aquella época, yo no lo sabía, debí de sentir instintivamente el peligro. Sin embargo, precisamente gracias a ese libro, fui invitado a Estados Unidos, en concreto por un artículo (en origen una tesis de licenciatura), titulado "El sueño en 'Las mil y una noches'". El profesor K. había recomendado su publicación, con gran sorpresa por mi parte, ya que creía que me despreciaba. Me criticaba continuamente y se mostraba escéptico ante mis proyectos, pero inesperadamente, y sin que yo se lo pidiera, gestionó su publicación en *Études arabes* (nunca, ni en mis más locos

sueños, había pensado merecer el honor de figurar en el índice de tan prestigiosa revista). Por añadidura, apoyó la solicitud de una beca de dos meses de la Fundación Fulbright. De un modo imprevisto, el sueño me abrió las puertas de América...

En el aeropuerto me esperaba un chófer con un cartel en la mano en el que figuraba mi nombre escrito en grandes letras. Durante el trayecto hasta el club en el que debía alojarme, no intercambiamos una sola palabra. Llovía, el paisaje que desfilaba ante mí era feo, construcciones siniestras, obras, grúas monstruosas... Automáticamente saqué mi cajetilla de tabaco, pero, al darme cuenta de que podía meter la pata, me disponía a guardarla cuando el chófer, que había observado mi gesto por el retrovisor, me indicó con un gesto que me autorizaba a fumar.

El trayecto parecía interminable, y ya empezaba a arrepentirme del viaje, a pesar de que la víspera estaba entusiasmado con la idea de descubrir América. El chófer tampoco parecía contento: se había extraviado y, al no encontrar el camino, se detuvo a consultar un mapa, sin resultado aparente, ya que se dirigió a una gasolinera para informarse. Por fin, tras largos rodeos, me dejó en el club.

Guardé mi ropa en el inmenso armario de la habitación y puse carpetas, notas y bolígrafos encima de la mesa. Como solo tenía dos o tres libros, dudé en colocarlos en las estanterías previstas para ellos: parecían incongruentes en medio del vacío. Añadí separatas de mi artículo sobre el sueño, el manuscrito del trabajo doctoral sobre la curiosidad prohibida al que daba los últimos toques, un léxico inglés, un diccionario bilingüe, una edición popular de las *Noches* en cuatro volúmenes y, finalmente, *La isla misteriosa* de Julio Verne, libro del que nunca me separo y que siempre leo antes de dormir. Como la biblioteca seguía

desesperadamente vacía, me consolé pensando que era una situación provisional: tenía la intención de comprar el mayor número posible de libros.

Una vez instalado, ya no sabía qué hacer. Bajé a la recepción para telefonar al profesor Michaël Hamwest. Me anunció que vendría a buscarme para cenar.

Cuando se presentó, sus primeras palabras fueron para decirme que, como me suponía cansado por el viaje, había decidido que esa noche me ahorraría el esfuerzo de una conversación en inglés.

-Hablabremos en francés.

No se planteó la posibilidad de utilizar el árabe, lengua que sin embargo conocía. Decidí aprovechar la prórroga que me había sido concedida, con la certeza de que, al día siguiente, mi anfitrión cumpliría su amenaza y solo se dirigiría a mí en su lengua. Me observaba con cierta inquietud, preguntándose sin duda cómo me las iba a arreglar con sus alumnos. Su francés era elemental, pero, desde luego, mucho mejor que mi inglés. El desequilibrio era evidente y le confería una clara superioridad.

Al llegar a su casa, observé, pegado en la puerta, un cartelito de prohibido fumar. Sospeché que lo acababa de comprar y que lo había colocado justo antes de ir a buscarme. Mi fama de fumador empedernido había debido de llegar hasta él. Seguramente, cuando me devolviera al club, haría desaparecer la odiosa advertencia.

Su mujer me recibió con mucha gentileza. Las paredes del salón estaban completamente cubiertas de libros. Por decir algo amable, murmuré:

-Es una biblioteca borgiana.

La señora Hamwest me miró asombrada.

-¡Conoce usted a Borges!

Su marido le aseguró que yo había leído los escritos del autor argentino sobre las *Noches*, declaración desconcertante, ya que daba a entender que mi interés se limitaba a los trabajos relativos a mi especialidad, desdeñando el resto. Intentó arreglarlo explicándome que su esposa era hispanista y, en cierta época, había pensado estudiar la influencia de las *Noches* en los escritores latinoamericanos.

-No en Borges, puesto que ya existen dos o tres buenos estudios sobre el tema, sino en otros escritores, como por ejemplo Manuel Scorza y sus *Tambores en la noche*: el ladrón que sabe hablar a los caballos, que les seduce murmurándoles, durante la noche, cosas al oído. Les prometía praderas fértiles y hembras magníficas; de ese modo le seguían de buen grado.

El compromiso del señor Hamwest de hablar solo en francés aquella noche no incluía por supuesto a su mujer. Por tanto tenía que comunicarme con ella en inglés para tratar de determinar precisamente qué lengua utilizaba el ladrón para hablarles a los caballos. ¿La suya o la de ellos? De una cosa a otra, llegamos a la cuestión del lenguaje de los animales en las *Noches*, mencionamos al labrador que comprendía el lenguaje del asno, del buey, del perro y del gallo; nos detuvimos un poco en el mono calígrafo. Por asociación de ideas pasamos al caballo alado que dejó tuerto a uno de los tres calendas, derviches que hacían voto de pobreza, y estábamos preguntándonos si había una historia que evocase la comunicación verbal entre un hombre y un caballo cuando llamaron a la puerta.

Entró una joven de una belleza perturbadora. El señor Hamwest me la presentó con el nombre de Ida (o Ada, Aida, Edda) y se disponía a decir mi nombre cuando ella se dio la vuelta y entabló con la señora Hamwest una discusión cuyo